

Evocación de ‘Paco’ Márquez Villanueva

Ciriaco Morón Arroyo
Cornell University

El 14 de junio de 2013 nos sorprendió la noticia de la muerte en Boston del profesor Francisco Márquez Villanueva. Paco Márquez, como era conocido entre los amigos, había nacido en Sevilla en 1931 y fue catedrático de literatura española en Harvard desde 1978. Los datos de su vida y la lista de sus obras pueden verse en las diversas semblanzas accesibles en Internet. Por tanto, no voy a detenerme en esos datos, sino en describir y valorar su aportación intelectual y su inserción en el hispanismo universal desde la universidad generalmente valorada como la más prestigiosa del mundo.

Los españoles desterrados de la guerra civil que se establecieron en los Estados Unidos, emigraron después de haber ejercido ya sus profesiones en España antes del exilio; baste recordar a Américo Castro, Pedro Salinas, Francisco Ayala y Jorge Guillén. Los exiliados se sumaron a otros –Miguel Romera Navarro, Federico de Onís, Ángel del Río y Juan López Morillas– que habían emigrado antes de la guerra. De hecho, el libro de Márquez Villanueva, *Santiago: trayectoria de un mito*, que voy a comentar después, está dedicado a D. Emilio González López (1903-1991), ilustre desterrado y profesor de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, donde Márquez Villanueva enseñó algunos años.

Hacia 1955 comenzó a distinguirse una generación nueva: Claudio Guillén, Juan Marichal, Carlos Blanco Aguinaga y Manuel Durán, que salieron de España exiliados con sus familias y se doctoraron en Estados Unidos, la mayoría en Princeton con don Américo Castro. Otros emigraron voluntariamente después de obtener sus títulos en España y en otras universidades europeas: Javier Herrero, Gonzalo Sobejano, Ángel Alcalá, Carlos Rojas y Juan Cano Ballesta. Todos publicaron sus primeros libros en aquellos años y contribuyeron a elevar la cultura hispánica al prestigio que tiene ahora, como la más estudiada en el país. En ese grupo brillante de jóvenes hispanistas se integró Márquez Villanueva, doctorado en Sevilla en 1958 bajo la dirección del ejemplar maestro don Francisco López Estrada.

La tesis de Márquez Villanueva se convirtió en un libro digno de ser todavía estudiado por su riqueza de datos y exigencia metodológica (Márquez Villanueva 1960). Comenzó a enseñar como profesor asistente en Harvard, pero Harvard solo promueve a sus profesores asistentes de manera excepcional; de ahí que Márquez Villanueva aceptase puestos de enseñanza en otras universidades antes de ser llamado definitivamente a Harvard como catedrático en 1978. Yo lo conocí personalmente cuando enseñaba en el Queens College y en la Escuela Graduada de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. En su despacho tenía las tesis doctorales que había dirigido en ese centro y me las enseñó con el comentario: “Como ves, algo estamos haciendo”. De hecho, es admirable el número de tesis doctorales que dirigió durante su carrera y la admiración y gratitud que han expresado sus estudiantes.

En las *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato* pone de relieve la condición de converso del poeta. Desde entonces estudió la literatura de las minorías discriminadas, llegando a convertirse en una autoridad sobre los moriscos y los conversos del judaísmo. En este punto me complace dar testimonio del aprecio que le tenía el profesor Benzion Netanyahu, el gran especialista en judíos y conversos españoles. En el prólogo al libro *The Marranos of Spain* (1973), Netanyahu lo llamaba “outstanding scholar”. En mi traducción al español (Netanyahu 2002) yo escribí “el prestigioso investigador” y Netanyahu me corrigió la expresión recordándome que “prestigioso” es el aprecio que los otros tienen de una persona, mientras “outstanding” pretendía ser un juicio objetivo sobre las aportaciones de Márquez Villanueva. Tras media hora larga repasando posibles calificativos y descartando unos por demasiado parcos y otros por excesivos en el elogio, la traducción dice: “el distinguido investigador”, valoración

que Netanyahu reservaba solo para los merecedores de su mayor estima: Heinrich Graetz, Salo Baron o Joseph Klausner.

Márquez Villanueva llegó a Harvard como catedrático en la época de mayor esplendor de su departamento de estudios hispánicos. Fue un miembro digno del grupo ilustre que formaban él, Stephen Gilman, Claudio Guillén y Juan Marichal, con la respetada presencia del ya emérito Raimundo Lida. En 2001 él mismo fue nombrado también profesor emérito.

Aunque no estudió con don Américo Castro, se proclamó su discípulo por adhesión libre y original al campo de investigación del maestro. Como don Américo, estudió la *Celestina*, el erasmismo español, la picaresca, Cervantes y Lope de Vega. Partió de la visión de la historia de España propuesta por Castro, pero en todos esos temas aportó ideas y nuevas perspectivas originales. ¿Y cuáles eran esas perspectivas? Si podemos hablar de dos épocas en la obra de Castro, de la primera, la filológica del Centro de Estudios Históricos (1910-1939), Márquez Villanueva conservó el rigor de la erudición –simplemente documentarse de la manera más exhaustiva antes de hablar de un tema– y la inserción de los textos literarios en el contexto filosófico y teológico de su tiempo. Basta recordar el amplio horizonte de los trabajos de Castro desde sus primeros estudios en la *Revista de Filología Española*, y luego *El pensamiento de Cervantes* (1925). De la segunda época, cuya primera culminación es *España en su historia* (1948) y las distintas revisiones con el título ya definitivo de *La realidad histórica de España* (1954, 1962), conserva la misma abertura al trasfondo ideológico.

La atención a las minorías discriminadas –y al final expulsadas– patente ya en el primer libro de Márquez Villanueva, se convierte en el tema central de sus investigaciones posteriores. Para él, como antes para don Américo, el “Siglo de Oro” se convierte en “edad conflictiva”, y critica como falsas la convicción de grandeza, la Inquisición y ciertas prácticas político-religiosas que el poder impuso–durante la segunda mitad del siglo XVI y todo el siglo XVII–marginándose en gran medida de todas las tendencias modernizadoras del resto de Europa. De ahí que se fije con especial atención en los indicios de protesta que aparecen en las obras literarias, por lo menos desde *La Celestina* al *Quijote*. Tampoco se limitó a estudiar a los autores clásicos, sino que trabajó también sobre autores modernos.

El trabajo intelectual del intérprete de textos ajenos no es agradecido, ya que suele quedar olvidado cuando surge una nueva generación de críticos que ya no pueden acumular lo aportado por generaciones anteriores. En muchos casos llegamos a proponer interpretaciones que ya tenían larga vida, pero habían quedado en estado latente por la imposibilidad de conocer el saber acumulado en libros y revistas de tiempos viejos. Hago esta observación porque al releer algunos libros de Márquez Villanueva me convido una vez más de que merecen ser leídos como estudios plenamente actuales y de valor permanente. Él no se limitó al estudio de textos concretos, sino que siguió el rastro de ciertos temas por distintos períodos históricos y construyó semblanzas generales de algunos autores. Como ejemplo de un tema fundamental en la historia cultural de España, voy a concentrarme en su libro *Santiago, historia de un mito* (Márquez Villanueva 2004), y como ejemplo de semblanzas de autores, *Literatura y religión en el siglo XVI*, que merecía ser reeditado, especialmente este año con motivo del quinto centenario del nacimiento de santa Teresa.

En la primera edición de *España en su historia*, de 1948, don Américo Castro introduce un extenso capítulo titulado “Cristianismo frente a Islam” (104-180), en el que estudia la difusión de la creencia en Santiago. La tradición o leyenda llegada hasta nuestro tiempo sostiene que Santiago predicó el Evangelio de Cristo en España, y hacia el año 40, estando desanimado por los pocos paganos que se convertían en Zaragoza, le visitó la Virgen cuando todavía vivía en la tierra. Esa tradición comienza a plasmarse en vagos testimonios escritos en el siglo IV, pero solo se fija hacia el año 830, cuando se “descubre” la sepultura del santo en Iria Flavia y en torno al sepulcro comienza la ola de peregrinaciones que todavía sobrevive.

Según Castro, el culto al apóstol surge como devoción del pueblo cristiano al anti-Mahoma que necesitaban en su lucha contra los invasores árabes: “Los musulmanes habían extendido sus dominios desde Lisboa hasta la India impulsados por una fe combativa, inspirada en Mahoma, apóstol de Dios. Los cristianos del Noroeste poseían escasa fuerza que oponer a tan irresistible alud, y millares de voces clamarían por un auxilio supraterráneo que sostuviera sus ánimos y multiplicara su poder [...] Era indispensable la confianza en una fuerza tangible y próxima, capaz de oponerse al mortífero grito de ‘Mahoma’, lanzado por el adversario” (1948, 124). La creencia de que en Iria Flavia reposaban los restos del apóstol Santiago existía antes de la invasión musulmana (Castro 1948 105; 124). Los doctos le identificaron con Santiago “el mayor”, hijo del Zebedeo y hermano de San Juan; pero el pueblo le identificó con Santiago “el menor”, hermano de Jesús; así Santiago se convertía en una codivinidad. Castro afirma: “Tal creencia descansaba sobre mitos precristianos de divinidades gemelas tales como Cástor y Pólux–Dióscuros o hijos de Júpiter–uno de los cuales ascendía al cielo, mientras el otro permanecía en la tierra (al menos por algún tiempo) como protector del hombre” (1948, 105). Según don Américo, de no haber sido por la invasión musulmana, el culto a Santiago no habría prosperado en España. Los monjes cluniacenses asimilaron el mito en el siglo X, e iniciaron las peregrinaciones que mantuvieron a la cristiandad hispánica en unión con Europa. Incluso el nacimiento del estado portugués en 1139, tras la batalla de Ourique contra los musulmanes, se debe a la conexión de los cluniacenses con Alfonso Enríquez, primer rey de Portugal.

El libro de Márquez Villanueva se distribuye en tres partes: primera: “El mito escatológico”; segunda, “El mito militar”, y tercera, “El mito estatal”. Como base de referencia toma muchos datos de López Ferreiro. Comienza “El mito escatológico” con la primera mención de la venida de Santiago a España a predicar el cristianismo:

El primer eco literario de la predicación jacobea en la península se registra en Inglaterra por boca del monje san Aldhelmo de Malmesbury (nacido hacia 635), en sus *Carmina eclesiástica*: “Él [*Santiago*] fue quien primeramente convirtió con la verdad a las gentes hispanas, convirtiendo a la palabra divina a grupos bárbaros que hasta entonces practicaban ritos viejos y horribles cultos confundidos por el engaño del temible demonio (Márquez Villanueva 2004, 37).

Restringido a los documentos originales y a la rica bibliografía existente sobre el origen y desarrollo de la leyenda de la predicación de Santiago en España y sobre el resultado histórico de las peregrinaciones desde el siglo IX, Márquez Villanueva destaca los momentos culminantes del desarrollo del mito: Beato de Liébana y su himno *O Dei verbum*, de hacia el año 780, el papel de Cluny, tan destacado por A. Castro, el *Códex calixtinus* –ca.1170–, y la función cultural del camino como puente que sostiene la conexión de la España cristiana con Europa, o sea, con el imperio carolingio y con el papado.

La segunda parte, o “El mito militar”, estudia las batallas, comenzando por la legendaria de Clavijo, en la que Santiago aparece luchando contra los enemigos sobre un caballo blanco. Ahí se origina la faceta del apóstol como “Santiago Matamoros”. Con fecha de 25 de mayo de 844 el Rey Ramiro I instituye el voto que los monarcas españoles han rendido al santo a través de los siglos, y lo proclama patrón de España. En este punto introduce la tesis de don Américo Castro, y aunque acepta y admira su original visión, pero cree que simplifica demasiado:

La realidad histórica de España (perdone Américo Castro) funcionaba de siempre sobre bases mucho más complejas que la idea simplista de Cruzada, nacida Ultrapirineos (Márquez Villanueva 2004, 209).

“El mito estatal” estudia la vigencia del voto jacobeo oficializado, pero ya esfumándose la omnipresencia de Santiago. El capítulo tiene incluso una sección titulada “La deserción jacobea”, en la que se citan textos que ya ponen en duda el patrocinio del santo sobre España. En el Renacimiento surge la crítica histórica que se pregunta por la base documental de la tradicional creencia, y el declinar de la fe en el apóstol culmina con las propuestas de proclamar a Santa Teresa copatrona de la nación. Se hizo una primera tentativa en 1617, cinco años antes de que fuera canonizada; en 1627 el papa Urbano VIII la proclamó copatrona en un breve, pero el cabildo de Santiago movió sus resortes y el copatronato quedó suprimido en 1630. En esa polémica intervino Quevedo –*Su espada por Santiago*– defendiendo el patronazgo exclusivo del santo, y aunque los santiaguistas lograron su objetivo, Márquez Villanueva sostiene que se trata ya del principio de decadencia de la fe nacional en el mito jacobeo. Por supuesto, decrecen las peregrinaciones y la actitud crítica de los historiadores va descubriendo la falta de fundamento histórico de la creencia popular.

Otro libro de Márquez Villanueva digno de mantenerse en la atención de los estudiosos es *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*. Consta de una breve introducción y tres extensos capítulos: “Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada” (Márquez Villanueva 1968, 15-55); “La actitud espiritual del Lazarillo de Tormes” (Márquez Villanueva 1968, 67-137) y “Santa Teresa y el linaje” (Márquez Villanueva 1968, 139-205). En la Introducción advierte que el trabajo por hacer en historia religiosa es inmenso y, aunque es consciente de la necesidad de especialización, aconsejaría a todo hispanista que “hiciera por lo menos una vez en su vida algún aporte bibliográfico a los estudios de historia religiosa y espiritual” (Márquez Villanueva 1968, 11). El título y los subtítulos del capítulo primero:

Servidumbre y grandeza de la oratoria, temas serios, claustro y picaresca, la Pasión según Guevara, humor y predicación, nacimiento del escritor, perfilan la imagen de Guevara. Era, antes que nada, un espíritu creador en plena libertad, un revolucionario práctico que rompía con la cultura literaria de la clerecía medieval en la misma medida en que se apartaba de las ideas oficiales del humanismo renacentista. En el fondo se reía de la primera e ignoraba del todo a las segundas [...] La actitud literaria de Guevara no es ni medieval ni renacentista. Es *moderna* con todas sus consecuencias, y en ello reside su importancia dentro de la coyuntura europea de su tiempo (Márquez Villanueva 1968, 56-59).

En el obispo de Mondoñedo se dan todavía unidos elementos que se bifurcarán hacia el ensayo en Montaigne y hacia la novela en Cervantes.

En el *Lazarillo* estudia la influencia erasmiana, precisamente en oposición a la tesis de Marcel Bataillon, que no encontraba erasmismo en sentido estricto en la obra. Pero también comenta “la tesis del autor alumbrado”, que da “un paso decidido hacia la heterodoxia” (Márquez Villanueva 1968, 100); la prueba es que así lo vieron los inquisidores, ya que mandaron suprimir algunos capítulos. Márquez Villanueva cita con frecuencia la tesis doctoral de Asensio. Hoy, conocedores de los trabajos del ilustre investigador Eugenio Asensio sobre el erasmismo y las corrientes espirituales afines, entre ellas los alumbrados, podemos confundir a este estudioso con Manuel J. Asensio, un turolense de Alcañiz a quien la guerra civil sorprendió como jefe de aduanas en Algeciras, de cuyo ayuntamiento fue alcalde interino unos meses. Los cuáqueros le salvaron de la pena de muerte y se exilió a Filadelfia. En la Universidad de Pennsylvania hizo la tesis doctoral sobre *El Lazarillo de Tormes y Juan de Valdés*, bajo la dirección de Joseph Gillet. Nunca encontró editor para ella y solo publicó dos artículos a modo de resumen (Asensio 1959 y 1960). Esta tesis es la citada por Márquez Villanueva que asiente a varias ideas fundamentales: “Lo esencial del anterior razonamiento, la clara tendencia iluminista del autor [*del Lazarillo*], constituye también para nosotros un hecho indiscutible” (Márquez Villanueva 1968, 100).

Bataillon sostuvo que la sátira anticlerical en la novela se refiere a la vida disoluta de los clérigos, no a ideas teológicas y creencias, que eran el objeto de atención de Erasmo. Márquez Villanueva acentúa detalles textuales que tocan el plano de las ideas, y sobre todo acentúa que la falta más criticada del clero en el *Lazarillo* es la ausencia de caridad, la virtud central del cristianismo. Se trata de un trabajo sólido y sistemático; de ahí que revise “la tesis del autor alumbrado” (Asensio); la tesis del autor converso (Américo Castro) y la del autor comunero (Tierno Galván). Pero el tema central es “No hay caridad”. Con este motivo hace un estudio iluminador sobre las propuestas de Vives, Domingo de Soto y otros teólogos para el socorro de los pobres.

El tercer capítulo del libro se titula “Santa Teresa y el linaje”. Cuando he dicho del trabajo anterior que es “sólido y sistemático”, me refiero a que es “completo”, como lo es este último en la medida en que puede serlo un ensayo de 64 páginas sobre santa Teresa. Va desgranando todos los aspectos que se nos pueden ocurrir en torno al título; primero, “el ambiente converso en torno a santa Teresa”, o sea, su identidad como nieta de un judío convertido y reconciliado por la Inquisición por algún indicio de apostasía. Conversos influyen en la fundación de Medina del Campo. En la fundación de Toledo la santa tiene inmensos problemas porque los patronos son conversos y el arzobispado no quiere permitirles que funden capilla para su enterramiento en el nuevo convento. La santa supera la obsesión de su tiempo y sociedad sobre la limpieza de sangre, criticando duramente en *Camino de perfección* el apego a la riqueza y sobre todo a la “honra”, es decir, a la conciencia del linaje. En sus Constituciones manda ignorar por completo la ascendencia de las aspirantes a profesar en su orden. Su idea del linaje puede resumirse en la primera frase de las *Moradas*: “El alma es como un castillo, todo de un diamante y muy claro cristal”. La superioridad o inferioridad de cada persona se mide por su distancia con respecto al Creador.

He escrito estas páginas sin ver el contenido del resto de trabajos publicados en este especial de *eHumanista / Conversos* en honor de nuestro querido amigo. Ojalá este homenaje sirva para que los estudios histórico-literarios del profesor Márquez Villanueva conserven por mucho tiempo la vigencia que merecen.

Obras citadas

- Asensio, Manuel J. "La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés". *Hispanic Review* 27 (1959): 78-102.
- . "Más sobre el *Lazarillo de Tormes*". *Hispanic Review* 28 (1960): 245-250.
- Castro, Américo. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Losada, 1948.
- López Ferreiro, Antonio. *Historia de la santa A. M. iglesia de Santiago de Compostela*. 11 vols. Santiago de Compostela: Seminario Conciliar Central, 1898-1909.
- Netanyahu, Benzion. *The Marranos of Spain: from the Late XIVth to the XVIth Century, According to Contemporary Hebrew Sources*. New York: Kraus Reprint Co., 1973.
- . *Los marranos españoles: desde finales del siglo XIV a principios del XVI según las fuentes hebreas de la época*. Ed. y trad. Ciriaco Morón Arroyo. Valladolid: Junta de Castilla y León-Consejería de Cultura y Turismo, 2002.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Investigaciones sobre Juan Alvarez Gato. Contribución al conocimiento de la literatura castellana del siglo XV*. Madrid: Real Academia Española, 1960.
- . *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*. Madrid: Alfaguara, 1968.
- . *Santiago: trayectoria de un mito*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004.